

PARTE II. olvidó á los amigos de su juventud, sino que les dispensó muchos favores y beneficios, de lo cual se refieren algunas anécdotas interesantes. Estos rasgos de tierna sensibilidad, que brillan entre la austeridad y dureza natural de un carácter como el suyo cual chispas eléctricas en medio de una nube oscura, interesan el corazón por su mismo contraste.

Fué irreprensible en su conducta moral, y aun en la corte se ajustaba rigurosamente á todos los preceptos de la regla de su orden austera, del mismo modo que cuando vivía en el claustro. Era sobrio, parco, casto. En este último particular fué tan escrupuloso, que procuró no pudiera recaer en él ni la menor sospecha de la licencia que tan frecuentemente mancillaba al clero en aquella época<sup>34</sup>. En cierta ocasion, yendo de viaje, le invitaron á que pasara la noche en casa de la duquesa de Maqueda, diciéndole que ésta señora se hallaba ausente. Pero la duquesa estaba en casa, y entró en su aposento antes que el cardenal se retirara: "Me habeis engañado, señora," dijo Cisneros levantándose incomodado: "si teneis algo que tratar conmigo, mañana me hallaréis en el confesonario;" y dicho esto se marchó bruscamente del palacio<sup>35</sup>.

Su austeridad y penitencia monástica.

Llevó á tal punto su austeridad y penitencia, que puso en peligro su salud. Acerca de este particular se conserva un breve curioso del Papa Leon X, dado en el último año de la vida del cardenal, en que se le manda que disminuya su escesiva penitencia, que coma carne y huevos en las fiestas ordinarias, que deje el hábito franciscano, y que duerma con sábanas y en cama. Mas Cisneros no quiso nunca abandonar sus hábitos monásticos: "hasta los seglares," decia, aludiendo á la costumbre de los católicos, "se los ponen para morir, y yo que los he llevado toda mi vida, ¿los habia de dejar en esta ocasion<sup>36</sup>?"

34 El buen P. Quintanilla ensalza la castidad de su héroe, á bastante costa de su buena crianza. "Su pureza, dice, no ha tenido igual: huía de las mujeres como de malignos espíritus, viéndolo en cada una como un enemigo, que le alejaba de la santidad. Bien se puede asegurar que como no hubiese sido por la obligacion de su ministerio, jamas hu-

biera mirado á ninguna!" Archetypo, página 80.

35 Fléchier, Histoire de Ximenes, liv. 6, p. 634.

36 Quintanilla publicó íntegro el breve de Su Santidad, acompañándole de comentarios que ocupan dos veces mas. Véase el Archetypo, libro 4, capítulo 10.

Otra anécdota se cuenta acerca de su traje. Encima de su sayal de lana, llevaba los ricos hábitos que exigía su categoría. Ocurrió pues que un predicador franciscano se atrevió en cierto dia á censurar la licencia y liviandad de aquellos tiempos, en especial en punto á los trajes, aludiendo claramente al cardenal, que llevaba unos hábitos magníficos adornados de armiños que le habian regalado. Escuchó Cisneros con paciencia el sermón hasta el fin, y despues de concluidos los oficios, se acercó al predicador en la sacristía, y alabando el espíritu general de su discurso, le enseñó debajo de sus pieles y finas telas el tosco sayal de su orden junto á la carne. Algunos añaden que el fraile llevaba por el contrario lienzos finos bajo su hábito religioso. Despues de la muerte del cardenal, se halló en su aposento una cajita, en donde tenia la aguja, hilo y demas con que acostumbraba á remendar su hábito por sus propias manos<sup>37</sup>.

Con tantas atenciones, bien se puede creer que Cisneros no desperdiciaria el tiempo. Rara vez dormia mas de cuatro horas, ó á lo sumo cuatro y media; los ratos que empleaba en afeitarse, lo cual solia ser de noche, así como en la mesa, se hacia leer trozos edificantes; ó bien variaba y oia las discusiones de algunos de sus hermanos teólogos, que generalmente versaban sobre una cuestion sutil de teología escolástica. Este era su único recreo. Tenia tan poco gusto como poco tiempo para las diversiones frívolas y mas cultas; hablaba poco y siempre al asunto; era enemigo de vanas ceremonias y de inútiles visitas, aunque su posicion le obligaba mas ó menos á entrambas cosas: frecuentemente tenia delante sobre la mesa un libro abierto, y cuando los que le visitaban se detenian mucho, ó gastaban el tiempo en inútiles y frívolas conversaciones, les daba á entender su descontento poniéndose á leer. El libro del cardenal debió ser tan fatal para una reputacion como la trompetilla de Fontenelle<sup>38</sup>.

Su aprovechamiento del tiempo.

37 Gomez, De Rebus Gestis, fol. 219. Quintanilla, Archetypo, lib. 2, cap. 4.

El lector podrá hallar una contraposicion á esta anécdota en otra semejante que se cuenta del antecesor de Cisneros, el gran cardenal Mendoza, en el capítulo 5, parte 2 de esta historia. La conducta de los dos primados en tales

ocasiones fué bastante significativa y propia de sus respectivos caracteres.

38 Oviedo, Quincuagenas, MS.—Gomez, De Rebus Gestis, ubi supra.—Robles, Vida de Ximenez, cap. 13.—Quintanilla, Archetypo, lib. 2, cap. 5, 7, 8, que cita el Dr. Vergara, amigo del cardenal.

PARTE II. olvidó á los amigos de su juventud, sino que les dispensó muchos favores y beneficios, de lo cual se refieren algunas anécdotas interesantes. Estos rasgos de tierna sensibilidad, que brillan entre la austeridad y dureza natural de un carácter como el suyo cual chispas eléctricas en medio de una nube oscura, interesan el corazón por su mismo contraste.

Fué irreprensible en su conducta moral, y aun en la corte se ajustaba rigurosamente á todos los preceptos de la regla de su orden austera, del mismo modo que cuando vivía en el claustro. Era sobrio, parco, casto. En este último particular fué tan escrupuloso, que procuró no pudiera recaer en él ni la menor sospecha de la licencia que tan frecuentemente mancillaba al clero en aquella época<sup>34</sup>. En cierta ocasion, yendo de viaje, le invitaron á que pasara la noche en casa de la duquesa de Maqueda, diciéndole que ésta señora se hallaba ausente. Pero la duquesa estaba en casa, y entró en su aposento antes que el cardenal se retirara: "Me habeis engañado, señora," dijo Cisneros levantándose incomodado: "si teneis algo que tratar conmigo, mañana me hallaréis en el confesonario;" y dicho esto se marchó bruscamente del palacio<sup>35</sup>.

Su austeridad  
y penitencia  
monástica.

Llevó á tal punto su austeridad y penitencia, que puso en peligro su salud. Acerca de este particular se conserva un breve curioso del Papa Leon X, dado en el último año de la vida del cardenal, en que se le manda que disminuya su excesiva penitencia, que coma carne y huevos en las fiestas ordinarias, que deje el hábito franciscano, y que duerma con sábanas y en cama. Mas Cisneros no quiso nunca abandonar sus hábitos monásticos: "hasta los seglares," decía, aludiendo á la costumbre de los católicos, "se los ponen para morir, y yo que los he llevado toda mi vida, ¿los habia de dejar en esta ocasion<sup>36</sup>?"

34 El buen P. Quintanilla ensalza la castidad de su héroe, á bastante costa de su buena crianza. "Su pureza, dice, no ha tenido igual: huía de las mujeres como de malignos espíritus, viendo en cada una como un enemigo, que le alejaba de la santidad. Bien se puede asegurar que como no hubiese sido por la obligacion de su ministerio, jamás hu-

biera mirado á ninguna!" Archetypo, página 80.

35 Fléchier, Histoire de Ximenes, liv. 6, p. 634.

36 Quintanilla publicó íntegro el breve de Su Santidad, acompañándole de comentarios que ocupan dos veces mas. Véase el Archetypo, libro 4, capítulo 10.

Otra anécdota se cuenta acerca de su traje. Encima de su sayal de lana, llevaba los ricos hábitos que exigía su categoría. Ocurrió pues que un predicador franciscano se atrevió en cierto día á censurar la licencia y liviandad de aquellos tiempos, en especial en punto á los trajes, aludiendo claramente al cardenal, que llevaba unos hábitos magníficos adornados de armiños que le habian regalado. Escuchó Cisneros con paciencia el sermón hasta el fin, y despues de concluidos los oficios, se acercó al predicador en la sacristía, y alabando el espíritu general de su discurso, le enseñó debajo de sus pieles y finas telas el tosco sayal de su orden junto á la carne. Algunos añaden que el fraile llevaba por el contrario lienzo fino bajo su hábito religioso. Despues de la muerte del cardenal, se halló en su aposento una cajita, en donde tenia la aguja, hilo y demas con que acostumbraba á remendar su hábito por sus propias manos<sup>37</sup>.

Con tantas atenciones, bien se puede creer que Cisneros no desperdiciaria el tiempo. Rara vez dormía mas de cuatro horas, ó á lo sumo cuatro y media; los ratos que empleaba en afeitarse, lo cual solia ser de noche, así como en la mesa, se hacia leer trozos edificantes; ó bien variaba y oía las discusiones de algunos de sus hermanos teólogos, que generalmente versaban sobre una cuestion sutil de teología escolástica. Este era su único recreo. Tenia tan poco gusto como poco tiempo para las diversiones frívolas y mas cultas; hablaba poco y siempre al asunto; era enemigo de vanas ceremonias y de inútiles visitas, aunque su posicion le obligaba mas ó menos á entrambas cosas: frecuentemente tenia delante sobre la mesa un libro abierto, y cuando los que le visitaban se detenian mucho, ó gastaban el tiempo en inútiles y frívolas conversaciones, les daba á entender su descontento poniéndose á leer. El libro del cardenal debió ser tan fatal para una reputacion como la trompetilla de Fontenelle<sup>38</sup>.

Su aprovechamiento del tiempo.

37 Gomez, De Rebus Gestis, fol. 219. Quintanilla, Archetypo. lib. 2, cap. 4.

El lector podrá hallar una contraposicion á esta anécdota en otra semejante que se cuenta del antecesor de Cisneros, el gran cardenal Mendoza, en el capítulo 5, parte 2 de esta historia. La conducta de los dos primados en tales

ocasiones fué bastante significativa y propia de sus respectivos caracteres.

38 Oviedo, Quincuagenas, MS.—Gomez, De Rebus Gestis, ubi supra.—Robles, Vida de Ximenez, cap. 13.—Quintanilla, Archetypo, lib. 2, cap. 5, 7, 8, que cita el Dr. Vergara, amigo del cardenal.

## PARTE II.

## Su persona.

Concluiré este bosquejo de Jimenez de Cisneros con un breve retrato de su persona: tenia el color cetrino; el rostro afilado y flaco; la nariz aguileña; el labio superior muy saliente del inferior; los ojos pequeños, hundidos, pardos, vivos y penetrantes; la frente ancha, y lo que era mas notable, sin una arruga, aunque la espresion de sus facciones era algun tanto severa<sup>39</sup>; su voz era clara, pero no agradable; su habla mesurada y lacónica; su aire grave; su continente firme y erguido; su estatura alta, y toda su presencia dominante; su constitucion, naturalmente robusta, se habia debilitado por la austeridad de su vida y por sus graves cuidados, y en los últimos años llegó á estar tan delicado, que era extraordinariamente sensible á los cambios y rigores del tiempo<sup>40</sup>.

## Paralelo de Cisneros con Richelieu.

Ya he indicado la semejanza que Cisneros tenia con el gran ministro frances, cardenal de Richelieu. En último análisis, ésta mas bien consistió en las circunstancias de la posición que ambos tuvieron, que en sus caracteres, si bien sus rasgos mas principales no fueron absolutamente diferentes<sup>41</sup>. Entrambos, sin embargo de haber sido educados para la vida clerical, llegaron á los mas altos cargos del esta-

El baron Gimn es, según creo, quien nos cuenta que Fontenelle tenia la costumbre de dejarse caer la trompetilla, cuando la conversacion no le compensaba el trabajo de tenerla puesta. El hombre de mas paciencia, según Goldsmith, en tal caso "variaria tambien de trompetilla."

<sup>39</sup> La cabeza de Cisneros fué examinada unos cuarenta años despues de su enterramiento, y se vió que el cráneo no tenia suturas (Gomez, De Rebus Gestis, fol. 218). El de Richelieu se halló por el contrario con pequeños agujeros. De estos dos hechos deduce el abate Richard una teoría capaz de sorprender al fisiólogo aun mas que los hechos mismos "On ouvrit son test, on y trouva 12 petits trous par où s'exhaloient les vapeurs de son cerveau, ce

qui fit qu'il n'eut jamais aucun mal de tête; au lieu que le test de Ximenes étoit sans sutere, à quoi l'on attribua les effroyables douleurs de tête qu'il avoit presque toujours."—Parallèle, página 177.

<sup>40</sup> Robles, Vida de Ximenez, capítulo 18.—Gomez, De Rebus Gestis, folio 218.

<sup>41</sup> Hay un tratadito consagrado espresamente á este asunto, y titulado: "Parallèle du Card. Ximenes et du Card. Richelieu, par Mons. l'Abbé Richard; à Trevoux, 1705;" doscientas veinte y dos páginas en dozavo. Su autor, con imparcialidad verdaderamente rara cuando se interesa la vanidad nacional, decide sin género de duda en favor del extranjero Cisneros.

do, y aun puede decirse con verdad, que tuvieron en sus manos la suerte de sus respectivos países<sup>42</sup>. Pero Richelieu gozó de una autoridad mas absoluta que la de Cisneros, porque estaba escudado con la sombra del trono, al paso que el último, por su posición aislada y descubierta, estuvo mas espuesto á los tiros de la oposición y de la envidia. Los dos fueron ambiciosos de gloria militar y se manifestaron capaces de adquirirla. Uno y otro alcanzaron sus grandes fines por la rara combinacion de eminentes dotes mentales y de grande actividad en la ejecucion, cosas que reunidas son siempre irresistibles.

El fondo moral de sus respectivos caracteres era totalmente diverso. El del cardenal frances le constituia el egoismo puro y sin mezcla: su religion, su política, sus principios, todo en suma, estaba subordinado á aquella cualidad fundamental; podia olvidar las ofensas hechas al estado, pero no las que se hacian á él, las cuales perseguia con rencor implacable; su autoridad estaba materialmente fundada en sangre; sus inmensos medios y favor se emplearon en el engrandecimiento de su familia; aunque arrojado y hasta temerario en sus planes, dió mas de una vez muestras de falta de verdadero valor para ejecutarlos; aunque violento é impetuoso, era capaz de disimular y fingir; y bien que arrogante hasta el extremo, buscaba el suave incienso de la lisonja. En sus maneras llevaba ventaja al prelado español: podia ser cortesano en la corte, y tenia gusto mas fino y culto. En una cosa llevó ventaja á Cisneros en punto de moral: no fué supersticioso como él; porque no tenia por base principal de los elementos constitutivos de su carácter la religiosidad, sobre la cual se puede levantar la supersticion. Las circunstancias de la muerte de los dos fueron significativas de sus respectivos caracteres. Richelieu murió como habia vivido, tan execrado por todos, que el pueblo enfurecido casi no dejó que sus restos se enterraran pacíficamente. Cisneros, por el contrario, fué sepultado en medio de las lágrimas y lamentos del pueblo, honrando su memoria aun sus enemigos, y siendo reverencia-

<sup>42</sup> El catálogo de los diferentes cargos y dignidades de Cisneros, ocupa en Quintanilla como media página. Las principales que obtenia al tiempo de su muerte, eran las de arzobispo de Tole-

do y por consiguiente primado de España, canciller mayor de Castilla, cardenal de la Iglesia romana, inquisidor general de Castilla y regente.

PARTE II. do su nombre por sus compatriotas hasta el día de hoy como el de un santo \*.

\* No tanto. (El T.)

Breve noticia de Galindez de Carbajal.

El doctor Lorenzo Galindez de Carbajal, que es una de las mejores autoridades en que se apoyan los hechos referidos en la última parte de nuestra historia, descendía de una familia respetable de Plasencia, donde nació en 1472. Pocas noticias hay de los primeros tiempos de su vida, acerca de la cual solo se sabe que fué muy estudioso, y que se consagró con mucha aplicación al cultivo del derecho civil y del canónico. Desempeñó una cátedra de esta ciencia por varios años en Salamanca. Su mérito y su probidad hicieron llegar su nombre á oídos de la Reina Católica que le nombró para una plaza del consejo real. Como consejero, residió constantemente en la corte, en donde parece que supo mantenerse en la estimación de la reina su señora y en la de Fernando, después de la muerte de ésta. La reina dió á Carbajal una prueba de la consideración que le dispensaba, nombrándole por uno de los individuos encargados de disponer la recopilación de las leyes de Castilla. Hizo muchos trabajos para esta obra importante, pero se ignora hasta qué punto, pues sea por lo que fuese (lo cual no consta, pareciendo que hubo en esto cierto misterio), no se publicaron nunca los resultados de sus tareas: cosa de que se lamentan mucho los juristas castellanos. (Asso y Manuel, Instituciones; introducción, pág. 99.)

Carbajal dejó escritas diversas obras históricas, según Nicolás Antonio, aunque el catálogo que éste da de ellas descansa en fundamentos muy deleznable. (Bibliotheca Nova, t. II, p. 3.) La obra porque más le conocen los literatos españoles, es la titulada "Anales del rey D. Fernando el Católico," que todavía está inédita. Verdaderamente no hay ningún país en la cristiandad, á cuyo favor haya hecho menos la invención de la imprenta, que España \*, donde con tanta liberalidad fué protegida en su principio. Sus archivos

\* El autor ha repetido ya muchas veces este pensamiento, y siempre con exageración estremada. Verdad es que se apoya en parte en Clemencin, que exageró con la mejor intención y deseo de escitar á España á que saliese del abatimiento de los últimos tiempos, restituyéndose en cuanto pudiera á la al-

tura que alcanzó en otros; pero ni aun con este apoyo y buen objeto, que reconozco en el mismo Sr. Prescott, es admisible tanta ponderación. España ha impreso muchísimo; y si bien en la publicación de manuscritos no ha hecho últimamente todo lo que de poco tiempo á esta parte están haciendo las na-

CAP. XXV. y librerías están llenos de manuscritos del mayor interés para la ilustración de todas las épocas de la historia; pero desgraciadamente en el triste estado que tienen las cosas, se hallan con menos perspectiva de salir á luz ahora, que á fines del siglo XV, cuando el arte de la imprenta estaba en su infancia.

Los Anales de Carbajal abrazan todo el período que comprende nuestra historia, desde el matrimonio de D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel hasta la llegada de Carlos V á España. Están escritos con sencillez, sin pretensiones de elegancia ni de refinamiento. La parte primera se compone de poco más que apuntes de los principales sucesos de la época, en los cuales se tiene particular cuidado de anotar todos los viajes y traslaciones de la corte. Pero en la parte última de la obra, que comprende la muerte de D. Fernando y la regencia de Cisneros, el autor se estiende ya mucho, y trae muchas circunstancias y pormenores. Como ocupó un lugar elevado en el gobierno y anduvo siempre con la corte, su testimonio, en lo que toca á este importante período, es muy apreciable, como que procede de quien fué testigo ocular y parte activa de aquellos sucesos, á lo cual se puede añadir, de persona dotada de penetración y de rectitud de principios. Basta para recomendar el mérito de su obra el breve elogio que le tributa Alvaro Gomez, el hábil escritor de la vida del cardenal Cisneros: "Porro Annales Laurentii Galendi Carbajali, quibus, vir gravissimus, rerumque illarum cum primis particeps, quinquaginta ferme annorum memoriam complexus est, haud vulgariter meam operam juverunt." De Rebus Gestis, Pæfatio.

ciones más adelantadas, tampoco se puede decir que no haya hecho algo: testigo de ello son las ediciones de códigos antiguos, la colección de la España sagrada, la de Navarrete y tantas y tantas otras publicaciones, bien conocidas por los extranjeros, que las han disfrutado y copiado á manos llenas, muchas veces sin declararlo, ni citarlas. No aludo ni remotamente en esta última frase al exacto, puntual y concienzudo Sr. Prescott, sino á otros no desconocidos.

Más aun el mismo Sr. Prescott confesará si le han servido nuestros impresos, antiguos y modernos. Por lo demás, es cierto que no se ha hecho todo lo necesario, todo lo que se debe en punto á la publicación de libros y documentos inéditos. En esta parte, á España toca aprovecharse de las advertencias y censuras, aunque vengan de los extranjeros y sean con exceso duras y bajo su principal aspecto injustas.

(N. del T.)